

AGUSTÍN BERNALDO PALATCHI



la ALIANZA del CONVERSO

La epopeya de un converso español que huye a la Florencia del Renacimiento
donde conocerá a Leonardo da Vinci y Lorenzo de Medici.



La alianza del converso

Agustín Bernaldo Palatchi

© Agustín Bernaldo Palatchi, 2010

Primera edición: junio de 2010

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso y encuadernado en Rodesa
Villatuerta (Navarra)

ISBN: 978-84-9918-145-5
Depósito legal: M. 1.854-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A Raquel. Gracias a su inspiración la novela
supo encontrar su camino.

A mi madre. Sin ella, nada hubiera sido posible.

A Francesc, un hombre tan generoso
que sólo es capaz de aportar lo mejor.

Lista de personajes

Lorenzo de Medici

Su extraordinario carisma y sus múltiples talentos le permitieron gobernar la república de Florencia con mayor autoridad que un rey. Fino poeta de verso admirado, impulsó el comercio en lugar de la espada y acogió bajo su protección a los artistas más brillantes de la época.

Leonardo da Vinci

Polifacético creador y genio renacentista adelantado a su tiempo, las alas de su mente planearon con igual deleite sobre artes y ciencias. Pintor, ingeniero, músico, inventor y mucho más. Sus obras son el mejor reflejo de su brillante y ecléctico pensamiento.

Marsilio Ficino

Sacerdote, médico, filósofo, y alma de la Academia Platónica, donde se daban cita las mentes más preclaras de Florencia. Tradujo el *Corpus Hermeticum*, de Hermes Trimegisto, y los *Diálogos* de Platón. Reintrodujo la antigua sabiduría en el orbe cristiano.

Pico della Mirandola

Prodigioso erudito de noble cuna y precoz defensor de la libertad humana, se atrevió a desafiar a Roma proclamando que las grandes religiones, egipcia, hebrea, griega y cristiana, compartían las mismas verdades esenciales.

Girolamo Savonarola

Ascético fraile visionario, impulsó su voluntad sobre Florencia. Su odio hacia la vanidad femenina, los sabios de la Antigüedad, la música festiva, el lujo huero y los cuerpos desnudos exhibidos en esculturas y cuadros transformaron la ciudad por completo.

Cristóbal Colón

Uno de los personajes más conocidos y estudiados de la historia. Pese a ello, persisten numerosas incógnitas sobre su vida, debido a que el gran navegante ocultó sus orígenes y los verdaderos motivos que guiaron sus acciones.

Abraham Abulafia

Influyente cabalista aragonés del siglo XIII, recorrió Galilea, Sicilia y Grecia antes de instalarse en Barcelona. Cultivó fructíferos contactos con las tradiciones orientales, incluida la sufi, y sus obras tuvieron gran predicamento en la península itálica.

Otros personajes históricos

Francesco Pazzi

Impulsivo y carismático miembro de la noble familia Pazzi, cuyas enormes riquezas y elevados contactos rivalizaban con los de la familia Medici.

Jacopo Pazzi

Patriarca de los Pazzi.

Francesco Sasseti

Director general de la Banca Medici.

Bernardo Rucellai

Banquero y humanista, casado con Lucrecia Medici, hermana de Lorenzo.

Piero Medici

Hijo primogénito de Lorenzo, no heredó ninguno de los talentos de su padre.

Giovanni Medici

Segundo hijo de Lorenzo, diplomático e inteligente, llegará a ser Papá con el nombre de León X.

Personajes de ficción

Mauricio Coloma

Hijo único de un comerciante barcelonés, su mundo se desmorona cuando su padre, antes de ser ajusticiado, le revela inquietantes secretos familiares. Obligado a huir, viajará a Florencia con la esperanza de vender una sortija singular a Lorenzo de Medici.

Lorena Ginori

Joven e impetuosa florentina, condenada a casarse con un hombre que le repugna. Francesco, su padre, no está dispuesto a consentir que los sentimientos de su hija se interpongan en un matrimonio tan conveniente para el ascenso social de la familia.

Luca Albizzi

Ambicioso noble venido a menos, ansía recobrar la grandeza perdida de su apellido y ser el estilete que vengue el honor familiar que le arrebataron los Medici cuando expulsaron a sus antepasados de Florencia.

Cateruccia

Comprada como esclava con motivo del nacimiento de Lorena, es mucho más que una exótica criada procedente del mar Negro, pues gracias a sus esmerados cuidados se ha ganado un lugar en el corazón de los Ginori.

Galeotto Pazzi

Miembro de la noble familia Pazzi.

Bruno

Vivaz asistente del director de la Tavola Medici en Florencia.

Pietro Manfredi

Prominente mercader florentino, oculta numerosos secretos tras su elegante fachada.

Sofia Plethon

Hija de Gemisthos Plethon, uno de los eruditos que se salvó huyendo a Florencia antes de que los turcos conquistaran Constantinopla.

Francesco Ginori

Acaudalado comerciante. Esposo de Flavia y padre de Lorena.

Flavia

Distinguida dama florentina. Esposa de Francesco y madre de Lorena.

Maria Ginori

Hermana menor Lorena.

Alessandro Ginori

Hermano mayor de Lorena.

Elías Leví

Prestigioso rabino.

Michel Blanch

Nada se puede revelar sobre este personaje, ni siquiera si finalmente hará acto de presencia.

PRIMERA PARTE

Cardona, 3 de abril de 1478

—*M*i vida ha sido una sucesión de errores y mañana voy a morir.

Su hijo no comprendió el significado último de tales palabras hasta muchos años después. Y es que la verdad era demasiado terrible para que Mauricio Coloma pudiera aceptarla sin más. Encadenado en aquella claustrofóbica y maloliente celda del castillo de Cardona, su padre era la viva imagen de la derrota, la amargura y el sufrimiento.

La tortura, supuso Mauricio, era la causa de que hubiera quedado reducido a tan lastimosa condición. Le habían rapado la cabellera, y el cráneo se hallaba salpicado de costras resacas teñidas de sangre. La nariz quebrada le obligaba a respirar por la boca, y cuando hablaba, se ahogaba con sus propias palabras. La mandíbula desencajada y el rostro hinchado desfiguraban completamente su expresión. Tan sólo sus ojos claros le recordaban al hombre que siempre había conocido, y aun éstos brillaban con una intensidad mucho mayor que la habitual, como queriendo devorar la atención de su único hijo en aquellos instantes en los que hasta la muerte debía esperar.

La semana anterior, Pedro Coloma, su padre, había acudido al castillo de Cardona para reclamar el pago de un importante pedido de telas. Durante su estancia en la fortaleza, el conde de Cardona apuñaló a un heraldo del rey tras una acalorada comida regada con demasiado vino. El asunto no hubiera debido afectar a un modesto propietario de telares en Barcelona..., de

no haber presenciado el asesinato. Elegido como chivo expiatorio por tan inoportuna circunstancia, acusaron a Pedro Coloma de perpetrar dicho crimen con la intención de alentar una nueva revuelta de los remensas, los siervos de la gleba cuyas justas reivindicaciones ya habían provocado diez largos años de guerra civil. Así, añadiendo esa otra muerte, el irascible conde de Cardona proyectaba librarse, a un tiempo, de la furia real y de la antigua deuda contraída con su padre.

—¡Tiene que existir algún medio de evitar tu ejecución! —exclamó Mauricio, como si las meras palabras tuvieran el poder de cambiar lo inevitable.

Devastado por un dolor penetrante que le agujereaba el alma como si ésta fuera una tela rasgada, consumido por el fuego abrasador que bullía triunfante entre las grietas de su impotencia, conmocionado por el terremoto de emociones que le nublabla el entendimiento como si una explosión de pólvora hubiera destrozado su cabeza, Mauricio se resistía a no poder ayudar a quien tanto quería. La madre de Mauricio, la única mujer a la que su padre había amado, murió al darle a luz, y en su fuero interno sentía que no había cumplido nunca las esperanzas depositadas en él. Además, ahora, cuando más le necesitaba, volvía a fallarle.

—Hijo mío, tienes ya veintiún años. Desde tu infancia he consentido que tu pasión por los libros fuera el refugio de una realidad que preferías evadir. El tiempo durante el que podías seguir soñando ha terminado.

La admonición de su padre sacudió abruptamente su conciencia, removiendo una suerte de neblina que, cual muro defensivo, le había protegido siempre del contacto directo con sus más dolientes emociones, aquellas que no deseaba afrontar. Escapar de la angustia sumergiéndose en las brumas de su imaginación ya no era posible. La mirada de su padre, firme y retadora, se lo impedía.

—En cuanto salgas de esta celda confesaré el crimen que no he cometido —afirmó Pedro Coloma—. Nadie puede soportar la tortura prolongada aplicada sin piedad. Si he resistido sin ceder ha sido gracias a mi irreductible deseo de lograr mantener un encuentro contigo a cambio de inculparme, pues hasta verte

por última vez me negaban. Ahora escúchame atentamente, ya que tenemos poco tiempo. Mañana, al alba, me ejecutarán por alta traición. Además de cobrarse mi vida, confiscarán todas mis posesiones. Por ello, quedarás en la miseria y te verás forzado a vivir como un mendigo, a menos que hagas exactamente lo que voy a decirte.

En la mente de Mauricio no había espacio para preocuparse de su incierto futuro. Huérfano de madre y sin hermanos, cuanto era se lo debía a quien desde su niñez había cuidado de él con ternura, paciencia y amor. De ser posible no hubiera titubeado en ocupar el puesto de su padre, pues no deseaba otra cosa que la salvación de quien todavía intentaba guiarle desde el pozo de amargura que el destino le había asignado como última morada. Sin embargo, lo único que estaba en su mano era escuchar las instrucciones que le llegaban a través de aquella voz paterna que presagiaba naufragio en cada palabra.

—Debes buscar una joya de valor incalculable. Como sabes, el suelo del recibidor de nuestra casa en Barcelona está compuesto de baldosas alineadas en ocho filas de color blanco y negro al modo de un tablero de ajedrez. Pues bien, bajo la baldosa donde situarías al rey blanco hallarás un anillo coronado por la esmeralda más bella que puedas imaginarte. Ni el rey Salomón en el cénit de su gloria debió de poseer gema más preciosa.

Mauricio se quedó estupefacto. El negocio de tejidos era próspero, pero no lo suficiente para adquirir una joya tan fabulosa. Ahí se escondía un gran secreto. El secreto por el que su progenitor había sido capaz de resistir tormentos atroces hasta doblegar el ánimo de sus captores. El secreto que le quería transmitir antes de morir. El secreto cuyo fulgor marcaría la vida de Mauricio. Su padre, que estaba hablando lenta y entrecortadamente merced a un enorme esfuerzo, respiró hondo varias veces antes de retomar la palabra.

—Cuando encuentres la sortija, cruza raudo los Pirineos sin volver la vista atrás. No te demores, o serás incriminado por estar en posesión de una propiedad familiar que debería haber sido confiscada junto con el resto de los bienes. Tampoco intentes venderla de modo clandestino o te la comprará un

usurero por un precio ridículo a cambio de no delatarte. Sigue mi consejo y acude a Florencia, la ciudad prodigiosa —le apremió mientras, tras la puerta, resonaban cercanas las risotadas de los guardianes—. En esa ciudad gobierna Lorenzo, *el Magnífico*, el magnánimo príncipe sin corona, cuya enorme pasión por las piedras preciosas es bien conocida. Allí podrás empezar una nueva vida.

—¿De dónde procede esa piedra, padre? ¿Hay algo más que deba conocer? —quiso saber Mauricio, que ya oía rechinar los goznes de la puerta.

Su padre tosió y continuó entre jadeos con sus sorprendentes aseveraciones, ignorando las pisadas de los celadores.

—Debería haberte explicado tantas cosas cuando aún tenía tiempo... Desciendo de judíos y, aunque pueda no gustarte, ciertos antepasados hebreos de nuestra familia fueron prestamistas. Es posible que se apropiaran del anillo como garantía de una deuda que no les pagaron, pero no estoy seguro, pues la joya ha ido pasando de padres a hijos desde hace siglos. Acostumbrados a persecuciones, los judíos siempre han tenido la costumbre de guardar objetos de gran valor que fueran fáciles de transportar y ocultar. Así, en caso de éxodo forzoso, podían rehacer su vida en otro país tras vender lo que disimuladamente se habían llevado consigo, tal como tú deberás hacer.

—Vuestro tiempo ha concluido —anunció la voz de un carcelero.

Su padre rompió a llorar y Mauricio se abrazó contra su pecho queriendo transmitir a través de aquel postrer contacto todo el amor que no siempre había sabido expresarle: un amor que brotaba con más fuerza de la que jamás había sentido, como un manantial incontenible que anegara en sus aguas cuanto encontrara a su paso. Allí ya no había una letrina repleta de inmundicias, ni ratas que olisquearan la muerte, ni una masa viscosa en un cuenco de barro que pretendió pasar por comida, ni el rostro desfigurado de su padre.

Allí sólo había amor. Un amor inmenso que se elevaba como una canción, como si aquella lóbrega cárcel fuera en verdad la catedral del espíritu.

—¿Sabes? —musitó su padre—, he llegado a pensar que el

gran rabí Abraham Abulafia me ha castigado por ser el primero de sus descendientes en traicionar la fe judía. Reza mucho por mí, te lo ruego.

Las preguntas restallaron como flechas lacerantes en la mente de Mauricio, que, no obstante, prefirió ahorrarle sufrimientos a su padre y guardar para sí las inquietudes que le invadían. ¡Nunca había sospechado que por sus venas fluyera sangre hebrea! Aquella confesión implicaba que sus abuelos no habían sido cristianos de corazón, sino marranos: falsos conversos que practicaban en secreto los ritos judíos. Mauricio sintió las pesadas manos de los guardianes asiéndole por detrás, y se aferró a su padre con más fuerza.

—No desfallezcas, padre. Dios te espera al final de este infierno.

Cuando los carceleros consiguieron separarle de su progenitor, Mauricio supo que era la última vez que le veía. Sus postreras palabras resonaron en su interior como una bendición.

—Mi muerte será un nuevo principio, hijo mío. La mala suerte que ha perseguido a nuestra familia será sepultada junto a mi cuerpo sin vida. Cualesquiera que fueran nuestros pecados pasados quedarán saldados. Empezarás una nueva vida en Florencia acompañado de la buena fortuna. En tu persona, el único Coloma vivo de nuestra casa, se cifra el futuro de toda una estirpe. Que nuestro pasado no haya sido un viaje en vano. Recuerda estas palabras, mis últimas palabras, y haz cuanto te he dicho. Acepta mi voz moribunda como la de uno que sabe.

Florenxia, 26 de abril de 1478

20 **E**l quinto domingo de Pascua, Mauricio entró temprano en el interior de Florenxia. A su espalda, las enormes torres de vigilancia y las impenetrables murallas que protegían la ciudad parecían señalarle que ya no había vuelta atrás. El pasado yacía enterrado en Barcelona. Aguas más turbulentas que las surcadas durante la travesía marítima desde la ciudad condal le aguardaban en su nuevo destino. Para labrar su futuro disponía tan sólo de un anillo y de dinero suficiente para malvivir unos cuantos días.

Con paso vacilante se introdujo en la iglesia del Santo Spirito, descansó en sus bancos de madera gastada, cerró los ojos y rememoró con nostalgia recuerdos de infancia, cuando su padre le narraba historias de la Biblia antes de acostarse: la creación del universo en siete días, la expulsión del Edén, el arca de Noé, la torre de Babel, la epopeya del pequeño José y su don para interpretar los sueños... El Libro Revelado había resultado la mejor invitación a bucear más allá de lo visible. ¿Qué existía antes de que Dios creara la luz, el firmamento y las estrellas? ¿Eran infinitos los brillantes astros que iluminaban las noches de la Tierra? Esas y otras preguntas semejantes eran las que el pequeño Mauricio se formulaba en la oscuridad de su dormitorio después de que su padre apagara el candil de aceite. Entonces solía encontrar consuelo en la madre que nunca había conocido, que le sonreía desde el Paraíso y le animaba a alcanzar las respuestas ocultas. Su padre, unido acaso por un

punto invisible con los Cielos, siempre le había protegido, y le había permitido escapar del taller para sumergirse en la lectura de las obras que se amontonaban en casa de su viejo amigo Joan, un reputado librero de Barcelona. Allí había aprendido a vivir otras vidas y a viajar hasta lugares distantes desde el silencio de un solitario desván. Aquel mundo, repleto a partes iguales de misterio y seguridad, se había acabado irremisiblemente.

Como una cáscara sin fruto zarandeada por los vientos, como un grano de arena perdido en el desierto, como una trémula gota de rocío amenazada por el sol... Ninguna comparación era capaz de describir el estado de confusión y pérdida que la injusta muerte de su padre le había provocado. El pasado en el que había crecido estaba repleto de secretos y mentiras, y el futuro se presentaba tan incierto como una tormenta en la mar. La esmeralda era su única esperanza de no acabar sepultado en un pozo de miseria, y aun este pensamiento le provocaba amargos remordimientos.

De no ser por la resplandeciente alianza, no habrían torturado a su padre con un suplicio reservado a los peores criminales. De no haber brillado más que las estrellas, su padre no habría pasado los últimos días de su existencia quebrantado por insoportables dolores. De no parecer una piedra sagrada forjada en la fragua de los dioses, su padre se hubiera despedido de la vida en un suspiro, el tiempo necesario para que el verdugo se ganara unas botas y algunas monedas manchadas de sangre. Sin embargo, la esmeralda estaba compuesta de la misma sustancia que los cuerpos celestes, su padre había luchado hasta el límite de lo improbable por revelar su existencia y, cumpliendo su papel en el drama, él había acudido a Florencia a vender aquella piedra misteriosa.

¿De dónde procedía una joya tan excelsa? ¿Por qué su padre nunca le había hablado de ella? Le había ocultado deliberadamente una parte importante de su historia familiar, necesariamente relacionada con su inesperada filiación hebrea. Mauricio comprendía la renuencia de su padre a hablar de un pasado del que, él personalmente, se avergonzaba. Descender de marranos era un golpe muy duro para su orgullo cristiano:

de alguna manera sentía como si una parte de su ser estuviera contaminada por la mentira. Por otro lado, había tantas cosas que desconocía sobre sus orígenes... ¿Y si las omisiones de su padre respondían a otra razón ignorada? Tal vez existía un peligro mortal en descubrir lo que con tanto empeño había silenciado...

Aunque la incomprensión, la angustia y la tristeza le acompañaban en aquellas horas sombrías, un deseo invencible se abría paso entre las tinieblas de su alma como una letanía mil veces repetida: cumplir la misión que su padre le había encomendado en su última mano, arrancando de las fauces de la muerte una carta llamada esperanza. No permitiría que su sacrificio resultara baldío. Por primera vez en su vida, se dijo, debía estar a la altura de las esperanzas que habían depositado en él.

22 «Cualesquiera que fueran nuestros pecados pasados quedarán saldados. Empezarás una nueva vida en Florencia, acompañado de la buena fortuna.» Aquellas palabras resonaron en su mente y le infundieron confianza. Rogó a Jesucristo que la bendición póstuma de su padre guiara sus pasos, y después salió de la iglesia.

Al cruzar el puente Santa Trinità, Mauricio recordó viejas imágenes del negocio de telares situado en Barcelona. Y es que en ambas orillas del río Arno se amontonaban hombres que limpiaban lana con una mezcla de líquidos desinfectantes y orina de caballo cuyo penetrante olor impregnaba el aire, mientras otros aclaraban entre las aguas los pelos de oveja desbordados. Los vareadores apaleaban sobre bastidores de mimbre la lana ya remojada, y los peinadores finalizaban el proceso a pie del río separando los filamentos.

Todos ellos realizaban un trabajo muy pesado y mal retribuido. Tampoco estaban bien pagados los cardadores ni las hiladoras. Si algún buscavidas le robara el anillo, también él estaría condenado a vivir en la pobreza. Temeroso de perder la joya en un lance de mala fortuna, Mauricio decidió dirigirse al palacio Medici sin demora.

Se había vestido para la ocasión con el traje con el que su padre le había obsequiado el año anterior con motivo de su vi-

gésimo cumpleaños. Era su mejor atuendo: camisa blanca de lino, jubón de seda azul y unas elegantes calzas rojas. Una faja de terciopelo ocultaba los nudos que unían la parte superior de las calzas con el jubón. Sin duda parecía un floreciente mercader. Pero no florentino. Los gentilhombres de aquella ciudad rasuraban cuidadosamente sus barbas y portaban sobre su testa sombreros escarlatas o fajas de tela semejantes a turbantes. Por contraste, su melena al viento y una barba poblada le delataban como extranjero. Si se mostraba desorientado o dubitativo atraería sobre sí a los rufianes que merodeaban en todas las ciudades en busca víctimas propiciatorias. El peligro acechaba por doquier, incluso en el hostel donde había dejado sus pertenencias; el dueño de ese lugar, de mirada rapaz, le había inspirado una profunda desconfianza al informarle sobre el mejor modo de llegar hasta el palacio Medici.

Por ello, pese a deambular extraviado entre un laberinto de callejones, aparentó seguridad y, manteniendo el paso, prefirió no curiosear en las pañerías empotradas en la antigua muralla romana ni en las numerosas tiendas y talleres donde comerciantes y artesanos ofrecían un festín de cautivadores productos. Ni siquiera los sabrosos olores del colorido mercado detuvieron su marcha, pese a no haber almorzado. Los tiernos capones, los jugosos venados, las frutas frescas, la dulce miel y los quesos rodeados de moscas deberían esperar a que vendiera el anillo.

Cuando unas gallinas ganaron alborotadamente la calle tras salir desde un portal en forma de arco, Mauricio esbozó por primera vez una sonrisa. Tal vez, se dijo, las desorientadas aves domésticas estuvieran huyendo de los ruidosos martillazos que resonaban tras aquella entrada abovedada. Probablemente se hallaba ante alguna de las renombradas bodegas de arte florentinas, cuya importancia podía medirse por la cantidad de gallinas que poseían, pues, al igual que en Barcelona, la yema de huevo fresca se empleaba profusamente para fijar los colores de las pinturas al temple. Mauricio no había visto nunca tantos talleres de artistas ni tiendas tan exquisitas. Ciertamente se hallaba en la ciudad de las artes y la moda, aunque tal distinción no podía evitar que, como en Barcelona, el empe-

drado de las calles estuviera salpicado por los excrementos de caballos, burros, mulas y demás animales de carga. Era inevitable, reflexionó, que cuanto más rica fuera una ciudad, más apestará a bosta. Y Florencia era inmensamente rica...

Al divisar la inmensa cúpula de la catedral, que dominaba los rojizos tejados de la ciudad, no pudo evitar que su cara mostrara una expresión maravillada de asombro. ¡Jamás hubiera imaginado que pudiera construirse una cúpula tan colosal! Mauricio se preguntó si sería suficientemente grande como para cobijar bajo su sombra a los cuarenta mil habitantes de aquella urbe, una de las más pobladas de la cristiandad. No obstante, se obligó a no demorarse y siguió caminando. Continuando por la Via Larga, a unos cuantos pasos, se hallaba el palacio Medici. Ya no podía perderse.

24

Efectivamente, en el siguiente cruce se encontró no sólo con el palacio Medici, sino con el mismísimo Lorenzo, *el Magnífico*. Estaba casi seguro de no equivocarse. Con semblante sereno departía tranquilamente en la calzada, frente a la puerta del palacio, con quien debía de ser un jovencísimo cardenal. La sotana de paño rojo, el capelo que coronaba su cabeza y el fájín de seda púrpura así lo proclamaban. En cuanto a Lorenzo, no era posible identificarle por su atuendo. El jubón de terciopelo que portaba, largo hasta los tobillos, únicamente revelaba que gozaba de una posición social excelente en comparación con los hombres menos afortunados cuyos jubones de telas inferiores no sobrepasaban la altura de las rodillas. Sin embargo, la fisonomía irregular de su rostro coincidía exactamente con la descripción que había llegado hasta sus oídos.

Alto y de complexión atlética, su enorme nariz, con el puente hundido y torcida sobre la derecha, hacía difícil ubicar los restantes rasgos de su semblante, que parecían pertenecer cada uno de ellos a diferentes personas: los ojos grandes y hundidos estaban demasiado separados de su alargada nariz; su fuerte barbilla, de mentón prominente, era desproporcionada en comparación con el resto del rostro; la frente ancha y despejada parecía cortada abruptamente por unas cejas compactas y anguladas; por último, los labios de finas líneas se contraponían a la exuberancia de sus otros atributos. Probablemente

aquella asimetría contuviera el secreto de Lorenzo, pues el Magnífico era muchos hombres en uno.

Príncipe de Florencia en todo menos en el título, puesto que la ciudad era formalmente una República, sus virtudes eran incontables. Político sagaz, descubridor y protector de artistas, tan hábil en las justas a caballo como esgrimiendo la pluma, era considerado uno de los mejores poetas de Italia. Propietario de la banca Medici, la más renombrada de Europa, era además el alma de la Academia Platónica, donde se daban cita los filósofos y las mentes más preclaras de la cristiandad. Atleta, espadachín, orador y erudito, amaba también las fiestas, donde destacaba con su talento como músico y bailarín. De cómo le recibiese ese hombre genial, dependía por entero su futuro.

Mauricio sopesó dirigirse en latín al príncipe sin corona, pero descartó tal ocurrencia. Aunque había estudiado latín, únicamente lo empleaba para leer libros, rezar y escuchar misa. Por fuerza, su hablar le resultaría tosco a quien, educado por los mejores profesores, utilizaba diariamente el latín en sus conversaciones y epístolas. Afortunadamente sabía hablar la lengua de la Toscana. Hacía años, su padre había incluido como socio en el negocio familiar de telares al maestro tintero Sandro Tubaroni. Aquel tunante florentino le había hurtado a la casa Rucellai ciertos secretos comerciales relacionados con el liquen *oricello*, gracias a los cuales el negocio de la ciudad condal había aumentado notablemente sus ventas. Ahora bien, Sandro Tubaroni no era un vulgar ladronzuelo de secretos ajenos, sino un simpático y teatral italiano tan amante de la buena vida como del arte. Fascinado por el hermoso ejemplar ilustrado de *La divina comedia* que Sandro había portado consigo desde Italia, Mauricio se afanó en copiar con su pluma la obra maestra de Dante Alighieri. Así, imitando las hermosísimas grafías del libro y gracias a la buena predisposición del maestro florentino a enseñarle su idioma, había acabado por aprender una lengua cuya musicalidad le gustaba casi tanto como las espectaculares imágenes que el genio del poeta había creado. Paradójicamente, caviló Mauricio, las actividades aparentemente inútiles practicadas por puro placer podían resultar a la postre más productivas que las realizadas por obligación.

El tiempo de reflexión había acabado. Ahora era el momento de actuar. Los pies de Mauricio, sin hacer caso de las dudas de su mente, le condujeron frente a Lorenzo. Ya no había marcha atrás.

—Distinguido Lorenzo —saludó Mauricio sobreponiéndose a sus miedos—, tu fama traspasa fronteras y alcanza todos los rincones del mundo. Es por ello por lo que he venido desde Barcelona para ofreceros una joya digna de un emperador.

El joven cardenal le hizo un gesto con la mano indicando que no estaban interesados en escucharle. Pese a ello, Lorenzo sonrió y le dirigió la palabra.

—Me complace tu ofrecimiento, pero yo no soy más que un simple ciudadano. No soy emperador, ni siquiera noble.

La modestia de Lorenzo era fingida, pues todo el mundo sabía que era él quien manejaba los hilos del poder en Florencia. Su respuesta era, por tanto, una invitación a seguir hablando. El cardenal, por el contrario, parecía tener mucha prisa.

—Lorenzo, te lo ruego —le conminó el prelado—. No nos demoremos, o llegaremos tarde.

Mauricio entendió que si quería retener al prócer de Florencia, debía acertar con las siguientes palabras. Tenía que seguir arriesgando aun a costa de ser ignorado.

—Señor, la joya que porto es un talismán único. También es muy orgullosa. Si le dais la espalda, tal vez se ofenda, y no quiera beneficiaros con su luz.

Mauricio había sido atrevido, y tal vez esa audacia consiguiera captar la atención de Lorenzo. Su desmesurada afición por las joyas y los amuletos, por los que llegaba a pagar pequeñas fortunas, era ampliamente conocida.

El Magnífico volvió a sonreír e hizo ademán al cardenal para que no se impacientase.

—Nunca es bueno ofender si se puede evitar. Mostradme, pues, lo que de tan lejos habéis traído.

Mauricio se llevó la mano al cinto y desató el cordel de una bolsita de cuero que llevaba colgando. Cuando extrajo el anillo, su belleza volvió a embelesarle, como si fuera la primera vez que la veía. Sobre una base cuadrada de oro viejo se alojaba una esmeralda tan bella que más se antojaba un fruto de los Cielos

que de la Tierra. De un verde profundo y brillante, el cristal parecía latir con vida propia. Tallado por una mano maestra, la piedra parecía una suerte de cubo cósmico montado sobre dos broches de oro blanco en los que se habían incrustado pequeños diamantes. En el reverso de su base se podía leer la siguiente leyenda en castellano: «Luz, luz, más luz».

Lorenzo devoró ávidamente la sortija con la mirada y la cogió entre sus manos. Sus ojos, muy abiertos, mostraban un interés extraordinario.

—Jamás había visto nada semejante. Es absolutamente excepcional. ¿Cuánto pedís por él, señor...? —preguntó Lorenzo después de acomodar la joya en su dedo anular, como si ya fuera su nuevo propietario.

—Mauricio Coloma, natural de Barcelona, servidor vuestro en Florencia, y de la justicia en cualquier lugar —respondió solemnemente, intentando calcular mentalmente cuánto estaría dispuesto a pagar Lorenzo. Estaba frente a un hombre de unos treinta años, poderoso, seguro de sí mismo y poseedor de una fortuna incalculable. De hecho, ya tenía el anillo en su poder. Si decidía no pagarle ni un florín, ¿qué podría hacer contra el hombre más importante de Florencia?

—Cardenal Raffaele, perdonad nuestro atrevimiento —interrumpieron dos recién llegados—. El arzobispo de Pisa os ruega que no tardéis más en llegar a la catedral. La ciudad entera se halla esperándoos.

Mauricio miró a aquellos hombres. Ambos vestían ajustadas chaquetas verde oscuro de mangas largas y diseño sencillo. Sobre aquella librea lucían una túnica sin mangas y sin adornos. Por su aspecto y actitud, debían de ser criados del cardenal que cumplían funciones de heraldos.

El joven Raffaele dirigió una mirada suplicante a Lorenzo, que reaccionó con prontitud.

—No es propio de un buen anfitrión hacer esperar a sus huéspedes más distinguidos. Y menos todavía a una ciudad. Partamos entonces sin demora. Haced el favor de acompañarnos, Mauricio. Tiempo tendremos cuando haya finalizado la santa misa de tasar esta fabulosa joya que habéis tenido la delicadeza de llevar hasta mi puerta.

«Los florentinos son tan elegantes con las palabras como traidores en sus acciones», le habían advertido a Mauricio. Y ahora se encontraba andando camino del Duomo, la catedral de Florencia, junto a un cardenal y un príncipe poeta. Pero el anillo ya no lo tenía él, sino Lorenzo. ¿Le ofrecería un precio justo o decidiría quedárselo sin pagarle ni un florín? Mauricio no andaba sobrado de motivos para confiar en la nobleza.

La miseria se hospedaba muy cerca del lujo. Tan sólo un corto paseo separaba el grandioso palacio Medici de los campesinos y trabajadores que había visto aquella mañana al otro lado del río Arno. Habitualmente vivían hacinados en pequeñas casas de adobe y arenisca, sin apenas ventanas ni luz, con una sola cama para toda la familia y una camisa roída de lienzo como única muda. ¿Quién era libre de elegir su destino? El suyo dependía por entero de la gema que Lorenzo lucía tan despreocupadamente en su dedo anular.

Florenxia, domingo, 26 de abril de 1478

«*M*i rostro me parece el de una extraña que nunca hubiera conocido», pensó Lorena Ginori mientras se veía reflejada en el gran espejo ovalado de su dormitorio. ¿Era posible que a tan temprana edad le esperara un destino tan amargo?

La fiel Cateruccia la estaba acabando de peinar con aquellas tenacillas calientes que conseguían dar el toque maestro a su cabellera castaña y realzar sus ondulaciones naturales. Aquél era el rasgo físico del que más orgullosa se sentía: casi no necesitaba cepillarse el pelo para que sus rizos formaran esos tirabuzones por los que todas las mujeres suspiraban. Su hermana pequeña, por el contrario, podía estar horas aplicándose las tenacillas, y sólo obtenía un resultado menos vistoso que el que ella lograba al cabo de unos pocos minutos.

Hoy no le importaba ni el peinado ni su precioso vestido azul, de un brillo tan intenso que únicamente los telares de su padre habían conseguido crear tras múltiples probaturas. Mantenido en secreto, aquella mañana lo iban a exhibir por primera vez ante la flor y nata de la sociedad florentina durante la solemne misa dominical, a la que acudirían Lorenzo de Medici, el arzobispo de Pisa y el cardenal Girolamo Riario, sobrino del Papa.

Tan sólo dos días atrás le hubiera costado conciliar el sueño ante la emoción de un acontecimiento tan importante. Pero si apenas había dormido aquella noche no era por la misa que se iba a celebrar en la soberbia catedral de Florenxia, sino por el

llanto que le provocaba el triste futuro al que la condenaba su padre. A ese destino no deseado le achacaba Lorena el haberse sobresaltado por una macabra pesadilla en la que sangre inocente teñía de rojo el altar mayor del Duomo. Poco podía imaginar que sus pesadillas se convertirían en realidad aquella misma mañana, como consecuencia de un complot para asesinar a Lorenzo de Medici en la catedral de Florencia aprovechando el solemne momento de la eucaristía.

30 Durante su infancia, Lorena había tenido premoniciones recurrentes que se le presentaban súbitamente, como un fogonazo de luz, y que le anticipaban ciertos acontecimientos. Su padre jamás había creído en ellas, sino que, por el contrario, había castigado con dureza lo que en su opinión eran peligrosas mentiras compulsivas. Su madre, temerosa de que tan anómala circunstancia pudiera llegar a oídos de autoridades religiosas partidarias de exorcizar a su niña, le había aconsejado que guardara un prudente silencio. Lorena, angustiada, había aprendido a callar; con el paso del tiempo, las molestas visiones se habían ido espaciando hasta desaparecer de su vida y de su memoria. Al menos, eso creía Lorena.

Así, ajena a los acontecimientos que marcarían el rumbo de Florencia y el suyo propio, bajó las escaleras que le conducían de los aposentos a la planta baja, donde sus padres y hermanos la estaban esperando. Al ver a sus progenitores, únicamente pudo sentir el frío de su corazón. Ningún sentimiento, ni cálido ni amoroso, anidaba en su pecho.

—Tus ojos están muy rojos —comentó su madre con preocupación.

—Y estás más pálida que un cadáver de tres días —remachó su padre con la «delicadeza» que le caracterizaba.

Lorena notó que las lágrimas volvían a sus ojos, pero antes de romper a llorar sintió que una emoción de intensidad inaudita recorría su cuerpo y la hacía vibrar con una fuerza que parecía poseerla como si dispusiera de vida propia.

—¡Ya os dije ayer que no me quería casar con Galeotto Pazzi! —se oyó gritar, sorprendida de su propia reacción.

—¡No empecemos otra vez! —le recriminó su padre—. Ya has cumplido los dieciséis años y eres toda una mujer. La cues-

tión no es lo que te guste, sino lo que debe hacerse. Dentro de tres meses, se celebrará el enlace, tal como he acordado con los Pazzi.

—Galeotto acabará gustándote, hija mía —intervino su madre con voz suave—. ¡Cuántas jovencitas suspirarían por desposar a semejante caballero! Los Pazzi son una familia de aristócratas. Su riqueza es casi igual al de la poderosa familia Medici, y su linaje es, sin duda, superior. No sería descabellado que en tiempos no muy lejanos el gobierno de Florencia acabara recayendo en sus manos.

Lorena seguía invadida por esa poderosa energía que surgía desde lo profundo y se adueñaba de su personalidad. Aunque sabía que no era apropiado, necesitaba protestar y proclamar a gritos que era injusto lo que pretendían hacer con su vida.

—¡Pues que se casen esas jovencitas con Galeotto! ¿Es que debo padecer su fétido aliento en mi boca cada vez que le plazca? ¿Yacer con un hombre que me repugna y servirlo? Ni hablar.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta? —le interpeló su padre. En sus ojos, Lorena podía leer la fiera determinación que le animaba cuando estaba convencido de tener razón, es decir, siempre—. Tú sabes —prosiguió— lo que me ha costado alcanzar la prominente posición que ocupó en el gremio de la *Calimala*. Incluso hemos conseguido comprar este pequeño palacio. Si tus abuelos vivieran, sus ojos brillarían de orgullo. Y ahora se nos ofrece una oportunidad inmejorable. ¡Desposarte con un acaudalado miembro de la nobleza! ¿Es que no ves las puertas que se abren ante nosotros? Quizá tus hijos, mis nietos, puedan llegar a formar parte del Gobierno de Florencia. ¿Cómo puedes pensar sólo en ti misma cuando está en juego el futuro de nuestra familia? ¡Es inconcebible!

Lorena comprendía muy bien aquellas razones, y se avergonzaba de que su actitud pudiera obstaculizar el encumbramiento social de la familia. No obstante, todo su ser le gritaba que debía oponerse hasta el último aliento. Asombrada de su propia osadía, replicó una vez más.

—Galeotto Pazzi es barrigón y su boca huele siempre a vino. No es únicamente vulgar, sino también engreído. Si tu-

viera que casarme con un apellido no lo dudaría. Pero vosotros queréis que me despose con un hombre mayor cuya intimidad me repugnaré. En el nombre de Dios, ¿es que no hay otras opciones?

—Ninguna tan conveniente como ésta —le explicó su madre—. Tu padre ya ha concertado esta alianza con los Pazzi, por lo que no cabe discusión al respecto. La compañía de Galeotto no te resultará tan desagradable como piensas. Sus juegos y negocios le mantendrán ocupado la mayor parte del tiempo. En cuanto tengas hijos podrás dedicarte a gobernar la casa y a educarlos en la forma que consideres más apropiada. Ahora eres joven e impetuosa. Cuando madures y veas a tus retoños crecer, con todas las posibilidades al alcance de su mano, comprenderás que el destino que ha elegido tu padre no es tan malo como piensas.

32 Lorena se preguntó si su madre hablaba por experiencia propia. Su voz tenía el timbre de la sinceridad. ¿Tenía alguna escapatoria o era mejor resignarse? El rostro de su padre era inflexible. Sabía perfectamente que su gran ilusión era saltar la barrera que separaba a un próspero mercader de la influyente oligarquía que dirigía Florencia. Y ese enlace lo podía permitir. Su padre jamás cedería. Los sentimientos de su madre no cambiarían el futuro que le habían reservado. Ni tampoco la opinión de su hermana pequeña, que observaba la escena con los ojos desorbitados, paralizada y muda por el asombro. Maria, de tan sólo doce años y medio, era una niña grande que jamás se quejaba ni protestaba. ¿Cómo iba a entender su hermana aquella reacción desesperada si ella misma era la primera sorprendida? En cuanto a su hermano mayor, Alessandro, su mirada indignada y reprobadora no necesitaba ser traducida en palabras. Él, que como único hijo varón tenía la obligación de continuar engrandeciendo el apellido Ginori, parecía casi tan enfadado como su padre.

—Este matrimonio es una cuestión de honor para toda la familia —la amonestó su progenitor con voz severa—. Deberías estar orgullosa, en lugar de discutir. ¿O es que los libros que lees reblandecen tu cerebro? Ya le he dicho mil veces a tu madre que no es apropiado para una distinguida señorita dedi-

car tanto tiempo a la lectura. El mundo real no es el de los estafalarios trovadores que tanto celebras. Tú vives en Florencia y no en un idílico poema. Se hará como yo digo. Y ahora partamos hacia la catedral, o llegaremos tarde a misa.

Lorena se derrumbó. ¿Qué podía hacer? Con dieciséis años recién cumplidos era todavía casi una niña y no disponía de ningún recurso para oponerse a la voluntad paterna. Se sentía tan pequeña e insignificante... Incapaz de seguir de pie, se sentó y, sin poder contenerse, rompió a llorar escondiendo la cabeza en el regazo de su falda.

—Es inútil, Francesco —le oyó comentar a su madre—. Es mejor que Lorena no venga con nosotros a la catedral. Tiene los ojos demasiado hinchados y rojos.

—Pero el vestido...

—No es conveniente, Francesco. ¿No ves cómo está la niña? Todo su rostro está desfigurado. ¿Qué iba a comentar la gente? Es preferible que permanezca en casa, desahogándose. Le hará bien. Cateruccia se quedará cuidando de ella.

Cuando sus padres se hubieron ido, Lorena se arrodilló ante el crucifijo de su habitación e imploró al Redentor que obrara un milagro:

—Señor, tú lo puedes todo, tú sabes que te amo, impide este matrimonio y tráeme otro esposo.

¿Escucharía Dios sus plegarias o las consideraría demasiado egoístas para atenderlas?

Cuando el cáliz consagrado se alzó en el Duomo a la vista de los feligreses, únicamente tuvo ojos para el anillo que Lorenzo exhibía en su mano. Mauricio se juzgó mezquino por no prestar la debida atención al milagro de la conversión del pan y del vino en la carne y sangre de Jesucristo. Pero de no haber estado tan preocupado por la joya tampoco hubiera visto que un sacerdote extraía un cuchillo de su sayo y agarraba por el hombro a Lorenzo, mientras otro cura se abalanzaba para apuñalarlo.

Sin vacilar ni un instante, saltó como un resorte empujando violentamente al agresor, que cayó con estrépito al suelo. «¡Peligro, sire!», gritó mientras arremetía contra el clérigo. Quizá gracias a ello Lorenzo tuvo tiempo de reaccionar y se zafó del sacerdote que le sujetaba. En el cuello, justo bajo el oído derecho, presentaba un corte que sangraba. Haciendo caso omiso de la herida, el Magnífico se envolvió el brazo izquierdo con su capa a modo de improvisado escudo y repelió otro embate de aquel cura que pretendía matarlo.

¿Qué estaba ocurriendo? No era momento de especular. Si Lorenzo moría, todo estaba perdido, incluso la esperanza. Un nutrido grupo de hombres armados con dagas y espadas aparecieron a la carrera gritando: «¡Muerte al tirano!». Unos parecían ciudadanos prominentes y otros meros sirvientes, si bien compartían idénticas ansias asesinas. Un atacante, ataviado con fastuosos ropajes, cojeaba ostensiblemente. Su cara estaba de-

sencajada y sangraba a la altura del muslo. Lorenzo cruzó una mirada de odio con aquel hombre.

—Francesco Pazzi —murmuró el Magnífico—. Así que los Pazzi son los oficianes de la traición.

Gritos, llantos y resonar de pisadas retumbaron bajo la enorme cúpula de la catedral. Embajadores, comerciantes, magistrados, damas, niños y criados huían en desbandada presas del pánico. Abriéndose paso a golpes en mitad del tumulto, aparecieron cuatro hombres que blandían dagas y estiletes.

—¡Mantente firme, Lorenzo! —gritaron.

Los decididos aliados llegaron con suficiente rapidez como para formar un escudo humano alrededor de Lorenzo. La embestida fue sorda y fiera. Uno de los defensores, de noble aspecto, fue alcanzado en el estómago por un puñal de largo filo. Su rostro expresó sorpresa y dolor antes de desplomarse. Otro de los rescatadores, un joven sirviente, logró zafarse del ataque de un sacerdote armado con espada.

—¡Huye, Lorenzo, debes salvarte! —gritó otro de los que habían acudido en su ayuda tras recibir un profundo tajo en el brazo diestro.

El Magnífico saltó ágilmente sobre una barandilla de madera, alcanzó el coro octogonal y cruzó corriendo frente al altar mayor, donde el joven cardenal Raffaele oraba encogido al amparo de los canónigos de su séquito, que le rodeaban protectoramente. Mauricio acompañó en la carrera a Lorenzo. No todos huían de la catedral. Numerosos hombres, divididos en pequeños grupos, corrían hacia el lugar donde los agresores estaban siendo contenidos.

—¡Aquí estaréis a salvo, *sire*! —exclamó un hombre ataviado con un elegante jubón rojo de terciopelo. Su dedo señalaba el interior de una sacristía de altos techos y macizas puertas de bronce.

Mauricio acompañó a Lorenzo junto con otros cinco individuos, que, una vez dentro, atrancaron con presteza el batiente de las pesadas puertas. Mauricio se preguntó, angustiado, si no sería aquello una nueva y mortal emboscada. El Magnífico parecía confiar en ellos, aunque estaba muy nervioso y casi fuera de sí.

—¡Un asesinato ritual! —vociferó—. ¡Quieren derramar mi sangre en suelo sagrado! Ya mataron al duque de Milán durante la misa de San Esteban y ahora quieren acabar también con nosotros.

«¿Asesinato ritual en una iglesia?», se dijo Mauricio. Nunca había oído nada semejante. Parecía algo demoníaco. ¿Qué fatal coincidencia le había llevado hasta Lorenzo en la peor hora? Si esta terrible mañana hubiera llegado al palacio Medici un poco más tarde no se encontraría en peligro de muerte. Le hubiera bastado con permanecer extraviado en las callejuelas de Florencia sin alcanzar tan rápidamente el mercado próximo al Duomo o demorarse unos instantes contemplando alguna de sus seductoras tiendas. Mauricio alejó de sí tales pensamientos. Lamentarse no le iba a servir para cambiar la realidad.

—¿Y mi hermano? ¿Está bien mi hermano? —preguntó Lorenzo por tercera vez.

36

Nadie le respondió, ya fuera por ignorancia, ya fuera por no desesperar a Lorenzo en tan difícil trance. Uno de los allí presentes, de armoniosas facciones y pelo rizado, miró al Magnífico con un brillo de inteligencia. Como si súbitamente hubiera comprendido algo, se abalanzó sobre él y, antes de que nadie pudiera reaccionar, hundió su boca en el cuello herido de Lorenzo. Mauricio no sabía si le estaba mordiendo o besando, pero ante lo escabroso de la escena se aprestó a separarlos.

Dos hombres le agarraron inmediatamente.

—Tranquilo amigo, tranquilo —le advirtieron.

El individuo de cabellos rizados escupió en el suelo la sangre del Magnífico.

—¿No lo entiendes? —le preguntó uno de los que le sujetaban—. Está extrayendo sangre de la herida por si la hoja del puñal traicionero hubiera sido emponzoñada. Aunque el corte es superficial, el veneno podría ser mortal.

Tras ser liberado, Mauricio reflexionó sobre el tipo de hombre que debía de ser Lorenzo. Alguien capaz de crear unos lazos de afecto tan grandes que sus amigos no dudaban en arriesgar su vida por él. O alguien de cuyos favores y dinero dependieran para vivir. O todo al mismo tiempo, pues, ¿no era el Magnífico muchos hombres en uno?

Sólo los esputos de sangre que el fiel camarada de Lorenzo escupía sobre el suelo rompían el tenso silencio de la sacristía. Los demás estaban concentrados en intentar escuchar qué ocurría tras las compactas puertas de bronce. ¿Habrían sido reducidos los conspiradores? ¿O por el contrario habrían triunfado y deberían prepararse para resistir un asedio?

Cuando empezaron a distinguir las primeras voces, Mauricio había perdido por completo la noción del tiempo. No sabía si había transcurrido una eternidad o unos pocos minutos.

—¡Lorenzo, salid! ¡Estáis a salvo! —exclamaron desde fuera golpeando con ímpetu la puerta.

¿Verdad o tan sólo una trampa mortal? ¿Cómo saberlo? Otro apuesto compañero de Lorenzo se ofreció para solucionar el misterio. El nombre al que respondía, Segismundo della Stufa, le pareció divertido. La burla mental se le trocó en admiración al contemplar que trepaba ágilmente hasta la nave del órgano desde la escalera de caracol de la sacristía. Desde allí podía divisar sin dificultad toda la escena y distinguir a los hombres que aporreaban la puerta. Con el corazón encogido se preguntó qué estarían viendo los ojos de Segismundo.

Lorena se calzó aquellos zapatos imposibles, forrados de cordobán, cuya plataforma de corcho era más alta que la palma de su mano. Aunque no era fácil andar con ellos, resultaban imprescindibles tras un día lluvioso como el de ayer. Únicamente con esos chapines y con ayuda de su fiel Cateruccia podía aspirar a mantener su falda y sus delicados pies alejados del barro.

—¿Cómo es posible que pretendas salir a pasear? —preguntó Cateruccia—. ¡Si te has negado a ir a misa!... Sé razonable. Una falta tan grave no quedará sin castigo.

Lorena se sentía rebelde. Quería ser libre, pero sus padres la obligaban a casarse con un hombre que le repugnaba. Según Platón, la libertad sin conocimiento era una mera ilusión. Lorena ignoraba, entre otras muchas cosas, que en aquellos instantes el arzobispo de Pisa, flanqueado por treinta hombres armados, avanzaba por la Via Calzaioulo hacia el desprevenido palacio de Gobierno para tomarlo bajo su control, mientras conjurados a sueldo de los Pazzi se aprestaban a acabar con la vida de Lorenzo de Medici. De haberlo sabido, hubiera elogiado la sabiduría del filósofo griego en lugar de pronunciar las siguientes palabras:

—Ya me han condenado al castigo más execrable. No se me ocurre nada peor que vivir para siempre con ese gordinflón de Galeotto Pazzi. No hay peligro, por tanto, en explorar las calles sin permiso.

—¿Y qué pasará conmigo? Sólo soy una pobre criada. Todas las culpas recaerán sobre mí.

La familia la había comprado como esclava dieciséis años atrás, con motivo del nacimiento de Lorena, pero Cateruccia era mucho más que una simple criada. Había sido su amada niñera primero, y de su hermana Maria después. Les mostraba tal afecto que a veces parecían ser sus propios retoños. Unos mercaderes genoveses la habían traído desde el mar Negro, y su padre la había adquirido como un artículo de lujo que podía exhibirse con orgullo. La esclavitud no había sido infrecuente entre los florentinos ricos tras la peste negra del siglo anterior, cuando la muerte había reducido tanto la población que incluso era difícil conseguir siervos para los hogares. Actualmente no eran tantos los prestigiosos apellidos que se permitían tales lujos. Y aunque no podía considerarse que su familia estuviera entre las más ilustres de la ciudad, el negocio de las telas había bastado para afrontar el pago de una lujosa mansión y una esclava de gran valor. Las esclavas caucásicas eran preferidas a las turcas y tártaras porque se adaptaban mejor a las costumbres florentinas. Y Cateruccia era, además, hermosa. En otras familias era habitual que el *pater familias* dejara preñada a una sirvienta joven y atractiva. Su padre no había seguido la norma. Lorena no sabía si atribuirlo a la fidelidad hacia su esposa, al respeto por el cariño con el que Cateruccia había acogido su labor de niñera, o a una mezcla de ambos factores. En cualquier caso, Cateruccia se había convertido ya en un miembro menor de la familia, hasta el punto de que compartía mesa y mantel con ellos. Así que no iba a impedir su pequeño acto de rebeldía con la falsa excusa de que era una sirvienta desamparada sobre la que recaerían espantosos castigos.

—No te ocurrirá nada, Cateruccia. Soy yo la que he decidido salir. La única opción que tienes es acompañarme y protegerme hasta que vuelva sana y salva a casa. Juraré sobre la Biblia que has intentado detenerme por todos los medios y que te has pasado las horas recordándome que debía regresar al hogar. Sabes muy bien que mis padres únicamente se enfadarían contigo si me dejaras vagar sola por unas calles tan peligrosas como las de Florencia.

Lorena sonrió. Había ganado la discusión. Cateruccia se moría de ganas de salir y le había ofrecido una excusa perfecta para cumplir sus deseos. Los domingos en Florencia eran días repletos de emociones, donde las calles, convertidas en un carrusel de inagotables sensaciones, rebosaban de vida, colores y gente. Nunca había explorado la ciudad un día festivo sin familiares que la vigilaran. ¡Quién sabía lo que podían ver y descubrir! ¡Lástima que nada de lo que pudiera suceder fuera a evitar la sentencia que pesaba sobre ella: la boda con Galeotto Pazzi!

Con el pretexto de poner a salvo al orondo embajador de Ferrara, Luca Albizzi se abrió paso entre la multitud tratando de ganar la puerta secundaria de la catedral que daba a la Via Servi. El desconcierto era absoluto. Los gritos de pánico se mezclaban con el ruido sordo de las pisadas luchando por avanzar entre la abigarrada multitud que, como un rebaño sin pastor, huía sin orden, con riesgo de aplastar a quienes trastabillarían en su carrera. Algunos hombres desenvainaron sus armas y, en lugar de marchar hacia las salidas, se dirigieron hasta el altar mayor, donde Lorenzo había repelido en primera instancia el ataque de dos sacerdotes. Entre aquéllos se encontraba Francesco Pazzi, que cojeaba notoriamente a causa de una herida en su pierna derecha. ¿Pretendían ayudar a Lorenzo, o por ventura deseaban ajusticiarlo? En aquella desconcertante algarabía de carreras, alaridos, curas asesinos, y resonar de espadas, era imposible saberlo.

El cuerpo cosido a puñaladas de Giuliano, el único hermano de Lorenzo, le reveló la verdad. Tendido sobre el frío mármol de la iglesia en posición fetal, su esplendoroso vestido —desgarrado y empapado en sangre— hacía las veces de inesperado lienzo funerario. El bello hermano de Lorenzo, el amado por todos, yacía solo en su última hora, sin otra compañía que el charco de sangre que bañaba sus vísceras.

Aquella era la prueba inequívoca de que se trataba de un inmisericorde golpe de Estado meticulosamente preparado. Si

Lorenzo moría, los Pazzi serían los nuevos dueños de Florencia antes de que la noche cayera sobre la ciudad. Animado por tales pensamientos, Luca sopesó abandonar la compañía del embajador de Ferrara, volverse sobre sus pasos y ayudar a rematar a Lorenzo. Sin embargo, el instinto de conservación se impuso a sus ansias de venganza. En caso de que el tirano de Florencia sobreviviera a la conjura, todos los implicados morirían en medio de atroces tormentos. La más elemental precaución aconsejaba retirarse sigilosamente del teatro de operaciones. Si los Pazzi triunfaban, él sería el primero en celebrar con entusiasmo su victoria. Pero si los Medici prevalecían, no deseaba encontrarse entre los perdedores.

42

La Via Servi era un hervidero de gente asustada que tampoco sabía qué carta jugar. Un paso en falso que mostrara apoyo público al bando perdedor podría acarrear la muerte. Conocedores de tal circunstancia, Luca y el embajador de Ferrara guardaron silencio y se encaminaron discretamente a sus casas procurando no llamar la atención. La muchedumbre optó también por alejarse de la iglesia, dispuesta a inclinarse posteriormente ante los vencedores, y evitar así innecesarios peligros.

De regreso a su sobrio *palazzo*, una amarga punzada recorrió el estómago de Luca al evocar el glorioso pasado de su familia. Por culpa de los Medici ya no eran, como antaño, una de las poderosas familias que gobernaban Florencia. Hacía más de cuatro décadas que Rinaldo Albizzi, utilizando sus influencias en el Gobierno, había intentado acabar con el progresivo ascenso de Cosimo, el abuelo de Lorenzo, al que había acusado de conspirar contra la República. La Signoria, pusilánime, se limitó, decretar su exilio en lugar de condenarle a muerte, lo que a la postre ocasionó la ruina familiar cuando Cosimo, reclamado por la mayoría de los ciudadanos, regresó triunfalmente a Florencia. ¡Qué fácil era engañar al pueblo repartiendo favores y dinero con calculada paciencia y patrocinando la construcción de edificios emblemáticos como el *Ospedale degli Innocenti*, el orfanato donde las monjas cuidaban a los niños abandonados! ¡Así habían comprado los Medici las lealtades que no se merecían por nobleza!

En cualquier caso lo cierto era que, valiéndose de tales arti-

mañas, había sido Cosimo —un arribista, descendiente de humildes prestamistas— quien, a la postre, había vencido. Los Albizzi fueron obligados a abandonar Florencia, y él mismo, nacido en el destierro, no había podido pisarla hasta cumplir los quince años. ¡La mitad de su vida había transcurrido fuera de la ciudad que sus antepasados habían hecho grande! Y lo peor era el humillante precio que tenía que pagar por vivir en Florencia: la adulación constante hacia Lorenzo, al que en público y en privado trataba como si fuera un genio y un benefactor de la humanidad. Demasiado bien sabía que, de otro modo, los inspectores de tributos le hubieran atacado como perros rabiosos. Así de innoble era la *pax Medici*. Nada de justas ni duelos singulares. Tan sólo unos grises funcionarios que aplicaban el máximo rigor tributario a los que osaban contrariar los designios Medici. Cuando ello ocurría, a los desafortunados sometidos a la inspección únicamente les quedaban dos alternativas: la ruina vergonzosa o el exilio.

Luca se arrodilló ante el Cristo crucificado de su dormitorio e imploró que Lorenzo ya hubiera exhalado su último suspiro. No obstante, una imagen le inquietaba: la esmeralda que portaba Lorenzo en su mano izquierda. Desde el pasillo lateral del Duomo la había visto refulgir mientras Lorenzo manteaba su capa para desembarazarse del primer atacante. Sin duda era la mítica gema de la que le habían hablado los Pazzi, la poderosa familia que tantos secretos custodiaba a la sombra de su glorioso pasado.

Cuando los cruzados conquistaron Jerusalén en el año 1088, el primero en coronar sus murallas fue un Pazzi. En recompensa por su gesta recibió tres piedras del Santo Sepulcro, que los Pazzi aún frotaban el sábado de Pascua alumbrando el fuego sagrado que un carro de bueyes transportaba en procesión hasta el baptisterio de San Juan, frente a la catedral de Florencia. A través de los siglos, los Pazzi se habían apropiado de antiquísimos documentos aprovechando las amistades que su presencia en Jerusalén les habían granjeado. Entre aquéllos, se encontraba un viejo pergamino enrollado por un lazo de raso granate, con extrañas referencias del Génesis y el dibujo de un anillo idéntico al que portaba Lorenzo.

¿Cómo y por qué había llegado hasta Lorenzo? Los Pazzi le habían relatado una leyenda según la cual, la esmeralda incrustada en el anillo era una piedra de gran poder que perteneció a Lucifer. Por lo que a él respectaba, los Medici, los grandes mecenas del paganismo, eran los embajadores de Satanás en la Tierra. Un sudor frío atravesó a Luca mientras un pensamiento le alcanzaba con el impacto de la certeza: o el anillo provocaba la muerte de Lorenzo en esa soleada mañana de abril, o le encumbraría a las cimas del poder más absoluto.

Los labios de Lorena se torcieron con un mohín de espanto al contemplar al ilustre ministro de la Iglesia colgado de una de las estrechas ventanas del Palacio de Gobierno. La mitra que reposaba sobre su cabeza y la capa pluvial ricamente bordada que le recubría el cuerpo lo distinguían como un altísimo dignatario eclesiástico. De la misma ventana pendía también el cuerpo desnudo de otro hombre que se balanceaba en un baile macabro que Lorena observó con una confusa mezcla de asco y fascinación.

¿Cómo era posible que tan horrible espectáculo estuviera siendo seguido ávidamente por la multitud que se apelotonaba en la inmensa plaza de la Signoria?

No se había consumado el mediodía cuando Lorena y Cateruccia entraron a comprar productos de embellecimiento en una botica que solían frecuentar. Lorena adquirió sangre de murciélago, zumo de cicuta y ceniza de col con vinagre: los ingredientes idóneos para evitar que le creciera pelo en la parte superior de la frente, que tan cuidadosamente había depilado Cateruccia. Lucir una cabeza ensanchada y brillante constituía un signo de belleza imprescindible en cualquier dama: agrandaba los ojos y permitía que la raíz del pelo adoptara la sugerente forma de una corona. Y justo cuando el boticario le ofreció un polvo compuesto por alas de abeja, cantárida, nueces asadas y cenizas de erizo, el mundo se volvió loco.

Lorena aún podía oír el redoble de campanas llamando al

estado de excepción: su peculiar sonido, grave como el de un mugido, hacía que la señal de alarma fuera conocida como «la vaca». De forma inexorable su eco resonaría en la campiña y unos campanarios llamarían a otros hasta que todos los pueblos de la Toscana supieran que la República de Florencia se hallaba en peligro. ¿Quién les podía estar atacando? ¿La Serenísima Venecia, el reino de Nápoles, los turcos? Lorena se quedó inmóvil, temblando de miedo. El boticario tampoco se apresuró a salir a la calle dispuesto a ofrecer su brazo armado a la República, sino que atrancó la puerta con un grueso travesaño de hierro y esperó ansioso la llegada de noticias. Los primeros rumores, todavía confusos, apuntaban que tanto Lorenzo como su hermano Giuliano habían sido asesinados durante la celebración de la misa y que Jacopo Pazzi, al frente de más de cien hombres armados, se dirigía hacia la plaza de la Signoria al grito de: «Pueblo y libertad».

46

¡Si eso era cierto, los Pazzi iban a hacerse con el control de Florencia! A Lorena le costaba imaginar a su futuro marido, el barrigón Galeotto, montando a caballo espada en mano. ¿Habría participado activamente en el golpe de Estado? Lo dudaba. En cualquier caso, resultaba evidente que, de llegar la operación a buen puerto, su posición social se vería incrementada de manera notable.

Lorena y Cateruccia esperaron durante dos o tres horas en el interior de la tienda. El silencio era el sonido predominante. Existían combates en la plaza de la Signoria, donde se hallaba el almenado palacio de gobierno protegido por sus matacanes, pero el ruido exterior de la calle no delataba que el pueblo se hubiera levantado en armas.

—Hasta que no esté claro cuál es el bando ganador, la gente no se atreverá a pronunciarse —pronosticó Niccolò, el boticario.

«Ya sabemos quién ha vencido», diría más tarde con indisimulada satisfacción, cuando los gritos de «¡Palle! ¡Palle! ¡Palle!»¹ resonaron con fuerza incontenible desde calles y ventanas.

1. «¡Bolas! ¡Bolas! ¡Bolas!»: hace referencia a las bolas del escudo de armas de los Medici.

Sólo entonces, con el resultado ya decantado, se atrevieron a salir a la calle. Presas de la euforia, ni Lorena ni Cateruccia quisieron dirigirse al abrigo de la mansión familiar. Por el contrario, contagiadas por la emoción embriagadora del momento, se unieron a la vociferante multitud que empuñando cuchillos, azadones, martillos y hasta utensilios de cocina se dirigía a la plaza de la Signoria.

El pavoroso espectáculo las dejó sin habla. Decenas de hombres ataviados con ricos ropajes pendían colgados de las ventanas geminadas del palacio de Gobierno. Esa impúdica exhibición en pleno centro era algo impensable, puesto que las horcas públicas estaban situadas cerca de la puerta de la Justicia, en las afueras de la parte este de las murallas de Florencia. Sus padres nunca habían querido que presenciara ninguna ejecución. No obstante, una vez había logrado convencer a Cateruccia de que le acompañara a ver los patíbulos. Únicamente el contemplarlos, pese a que no había ningún ajusticiamiento programado, le había bastado para inquietar su sueño durante semanas.

47

En ninguna de sus pesadillas había imaginado Lorena a la agitada muchedumbre bramando como animales furiosos. Sin embargo, los allí congregados gritaban, reían y se deleitaban contemplando las últimas bocanadas de los condenados. Lorena ni siquiera pudo distinguir si aquellos hombres ya habían fallecido cuando les desanudaron la soga del cuello, lo que les precipitó hacia el empedrado de la plaza.

La multitud se agolpó sobre los cuerpos tendidos pugnando por apropiarse de sus llamativos ropajes. Calzas, jubones, medias, cintos y zapatos fueron retirados de sus cuerpos en medio de riñas y golpes. No había más que echar un vistazo a sus extraños atavíos para comprender que no eran naturales de Florencia.

Por lo que había escuchado Lorena, la mayoría de ellos eran mercenarios de Perugia que bajo el mando del arzobispo de Pisa habían entrado amistosamente en el palacio de Gobierno para tomarlo por sorpresa. Sin embargo, habían sido sus hombres los sorprendidos al quedar atrapados dentro de la cámara de la cancillería, merced a un ingenioso sistema de cerrojos automáticos instalados en sus robustas puertas en previsión de

situaciones como aquélla. Y es que el astuto *gonfaloniere* había sospechado desde el principio del errático proceder del arzobispo, visiblemente nervioso ante la ausencia de noticias sobre la muerte del Magnífico. Advertidos a tiempo de la conspiración, los guardias de palacio, bien pertrechados tras los matacanes, habían podido repeler el ataque posterior de las huestes lideradas por Jacopo Pazzi lanzándoles piedras, flechas y aceite hirviendo.

Lorenzo, *el Magnífico*, había sobrevivido a la terrible maquinación, y ahora el pueblo estaba sediento de sangre y venganza. «¡Muerte al Papa, muerte al cardenal, viva Lorenzo, que es quien nos da el pan!», gritaban en la plaza, todos a una, señalando al arzobispo de Pisa y a Francesco de Pazzi, dos de los principales conspiradores. Los gritos se trocaron en expectante silencio cuando los priores cortaron las sogas con las que los habían colgado. Unidos en la traición, ambos se despeñaron juntos desde la misma ventana.

48

El arzobispo de Pisa, aún con vida, se arrastró penosamente por el suelo hasta alcanzar a Francesco. Los ojos de éste se movían, pese a que el resto de su cuerpo, tumbado boca arriba, yacía inmóvil. El arzobispo reclinó la cabeza sobre el pecho desnudo de aquél y repentinamente le mordió con tal fuerza que sus dientes permanecieron clavados en su torso mientras comenzaba a sangrar. El cuerpo de Francesco continuó petrificado, sin movimiento alguno, pero Lorena descubrió que sus ojos habían perdido de vista el cielo y dirigían su mirada al arzobispo.

—Ya es hora de volver a casa —le sugirió Cateruccia, tras cogerle la mano.

Mauricio intentó serenarse contemplando nuevamente la capilla del palacio Medici. Ya habían transcurrido cuatro días desde el fallido golpe de Estado y todavía no había podido hablar con Lorenzo acerca del anillo. Hoy, por fin, volvería a verlo. Sería a la hora de comer y compartiría mesa con otros invitados. ¿Le haría una oferta por la sortija? ¿O no mencionaría ni siquiera el asunto? Tras escapar con vida de la catedral, Lorenzo le había agradecido su decisiva actuación y le había invitado a residir en su palacio, pero no le había dicho nada respecto al anillo. Tampoco se lo había devuelto. Inmerso en un torbellino de dificultades crecientes era probable que ni siquiera se hubiera acordado de algo tan nimio para él. Mauricio no había dejado de pensar en ello. Y es que su destino estaba, literalmente, en manos de Lorenzo, *el Magnífico*.

¿Quién era realmente el Magnífico? Mauricio observó nuevamente la capilla del palacio en busca de alguna pista que desvelase su personalidad. Jamás había visto ningún oratorio parecido a aquél. Las vívidas pinturas que cubrían por entero las paredes asaltaban los sentidos del espectador por su intenso colorido. En ellas, los tres Reyes Magos, acompañados por una espectacular comitiva, avanzaban por el camino que lleva a Belén rodeados de verdes montañas.

La composición no había sido elegida al azar. Todos los personajes vestían al elegante modo florentino. Obviamente, los reyes simbolizaban a los propios Medici. Curiosa paradoja.

Floencia era una República. Los representantes del Gobierno eran elegidos mediante sorteo y renovados periódicamente. Lorenzo, nominalmente, no era más que un ciudadano particular. No obstante, a nadie se le escapaba que su influencia era decisiva en la resolución de los asuntos importantes, incluido todo lo relativo a la política exterior de la República. Aquel fresco pretendía hacer ver a los embajadores de otros países que los Medici eran auténticos reyes, y el Papa colaboraba en cierta medida, pues únicamente concedía dispensas especiales para disfrutar de capilla particular a los más altos dignatarios de la cristiandad.

Los Medici... ¿Se consideraban a sí mismos reyes? ¿Se creían magos? ¿Eran realmente portadores de prodigiosos regalos? Mauricio se sintió vacilar, alternando su mirada entre el techo y el suelo. Los armónicos contrastes geométricos en forma de círculos, cuadrados, rombos y rectángulos poseían una cualidad hipnótica. Nada había sido dejado al azar, pero no era el momento de profundizar en las enigmáticas claves de la capilla.

50

Lo que realmente necesitaba era cobrar una pequeña fortuna por aquel anillo y comenzar su vida en otro lugar menos peligroso. Aunque Lorenzo había sobrevivido, su posición era en extremo vulnerable. En el complot para asesinarlo estaban implicados nada menos que los Estados Pontificios, el reino de Nápoles, la república de Siena y el conde Girolamo, señor de Imola y Forli. El papa Sixto —indignado por la ejecución del arzobispo de Pisa y por la detención de su sobrino, el cardenal Raffaele— estaba decidido a ir a la guerra. Roma y el resto de los aliados, que ya habían iniciado represalias contra los mercaderes y banqueros florentinos instalados en sus dominios, eran enemigos demasiado poderosos, incluso para el Magnífico.

La estrella de Lorenzo no podía seguir resplandeciendo mucho tiempo. ¿Y la suya propia? ¿Estaba condenada a extinguirse antes siquiera de haber comenzado a brillar? ¿Es que su sino estaba marcado por algún genio maligno que se complacía en sembrar su camino de asesinatos y muertes? Sin padre, madre, abuelos ni hermanos... ¿Acaso había sido maldito desde

su nacimiento? Como en un destello se le apareció el rostro de una joven mujer agonizando. Era la misma imagen que se le repetía en sueños desde que era un niño.

Aunque la visión de la cruz sobre el altar solía tranquilizarle, esta vez sólo provocó que aumentara su ansiedad. Mauricio se santiguó, rogó por la salvación de su alma y se aprestó a compartir mantel con Lorenzo. Mientras abandonaba la capilla le vino a la mente la bendición de su padre: «En tu persona, el único Coloma vivo de nuestra casa, se cifra el futuro de toda una estirpe. Que nuestro pasado no haya sido un viaje en vano».